



■ Josune, Edu y Manu en el Plan D'Aiguille, esperando al teleférico

Josune Bereziartu

## EN EL PILAR DEL ANGLE

### La obsesión de Walter Bonatti

**E**STOY en el collado de la Fourche. Me dispongo a pisar la estrecha pasarela que da acceso a esta estructura metálica que nos servirá de efímero vivac. Agarrada a la temblorosa barandilla me dispongo a dar un paso largo para evitar el vacío bajo mis pies, pues la rejilla que cubría el suelo no existe. Rikar, Manu y Edu, en fila de a uno, están delante de mí. Por alguna razón que desconozco se han detenido. Aún no entiendo lo que sucede. Incómoda, veo mis crampones arañar el único trozo de viga metálica que puedo pisar. Mi pensamiento corre hacia delante: desde esta barandilla de la que estoy agarrada, en unas pocas horas instalaremos unos rapeles y dejaremos este lugar hermoso para acceder al glaciar. Es uno de esos lugares que te hacen sentirte privilegiada. A un lado está el virginal valle Blanco, desde donde hemos accedido a la vertiente sur o lado italiano del Mont Blanc ¿o mejor Monte Bianco? Con los ojos puestos en la Brenva empiezo a recorrer la magnífica arista de Peuterey. En ella está la Aiguille Noire, después la Aiguille Blanche. De repente un escalofrío recorre todo mi cuerpo: ¡el célebre Pilar del Angle! Por el centro de esa famosa pared de 900 metros se adivina nuestro objetivo.



■ 12:30 de la madrugada ¡preparados, listos, a rapelar!

Inmediatamente comprendo por qué al legendario alpinista italiano Walter Bonatti le atrajo tanto, llegando incluso a convertirse en su obsesión, el famoso y épico Pilar del Angle, donde abrió tres vías. La primera de ellas, la Bonatti-Gobbi (1957) inauguró la parte central del Gran Pilar del Angle. La Bonatti-Zappelli (1962), vía eminentemente glaciar, fue la primera de la parte NE de la gran pared. Al año siguiente, también junto a Cosimo Zappelli, abrió la tercera de esas vías. Esta última no es muy apreciada ni repetida. Tuvieron que transcurrir unos años más, casi hasta la década de los setenta, para que alguna cordada se aventurara a abrir nuevos itinerarios en esta pared. El ruido del chirriar del crampón en

el metal me devuelve al presente, a la realidad. En unos segundos comprendo la situación: el vivac de la Fourche (3737 m) con capacidad para doce personas, es ahora literalmente una "lata de sardinas"

#### ■ ES CURIOSO OBSERVAR LA CONDUCTA HUMANA EN CIRCUNSTANCIAS "ANORMALES"

Dieciséis personas hacinadas en las literas, guardando celosamente su pequeña parcela de colchón y mantas, nos miran mientras discurrimos cómo vamos a colocarnos. ¡Si no tenemos sitio ni para sentarnos en el húmedo suelo de la entrada! Casi todos van a la famosa y estética arista Kuffner al Mont Maudit, y sin duda se levanta-

rán más tarde que nosotros. Intento sentarme en la esquina de la litera e inmediatamente siento unos pies desnudos que me desplazan hacia fuera sin miramientos. Les comento a Rikar, Edu y Manu lo ocurrido y comprendemos que no lo vamos a tener fácil ni para poder dormir unas horas, pues nadie quiere ceder ni un centímetro de espacio. Mientras degustamos la "afarimerienda" a eso de las seis de la tarde, un agradable y desprendido montañero de Lyon se presta a ayudarnos e intenta poner un poco de orden en aquel caos. Nos proporciona mantas que lujosamente sus compañeros acaparan y además promueve ponerse todos de lado para dejar un espacio libre para tumbarse uno de nosotros.

Me ceden el honor; Rikar, Manu y Edu se aplastarán en dos escasos metros cuadrados compartiendo manta, humedad y la gélida brisa de la puerta entreabierta, que a golpe de grito se obstinan en no dejarnos cerrar.

Son las doce de la noche. Mi despertador suena; únicamente reafirma que debemos levantarnos. Ha llegado por fin el momento de disipar todas las incertidumbres y las dudas que en las horas previas me han asaltado dentro de la cabeza. Han sido mil y una preguntas, mil y una obsesiones. Los pensamientos deambulan lejos, como si estuvieran en un estado gaseoso fuera de mi alcance. Soy absolutamente consciente de ello, la mente se comporta en estas situaciones como un caballo salvaje, un purasangre, un corcel joven y enérgico. Todo en uno. De momento no tengo respuestas que apacigüen su furia desmedida. Los segundos, minutos y horas, pierden su lógico devenir. He intentado simplificar todos esos pensamientos en uno solo,



■ Un perfil inolvidable: la Noire, la Blanch... y el Gran Pilar del Angle. En el se observa la línea de escalada



■ De camino por el Valle Blanco



■ Rikar y Edu acurrucados ¡guardando! la entrada de la Fourche

pues me conozco y sé que la idea que me obsesiona es únicamente una, para así poder dominarla ¿racionalmente? En un primer momento ha sido en vano, más tarde he podido dormir, creo que la he doblegado o, ¿sería un sueño?

La noche es fría y cerrada. Afuera, delante de nosotros, una persona "hace sus necesidades" precisamente el que no me dejó sentarme en la esquina de la litera.

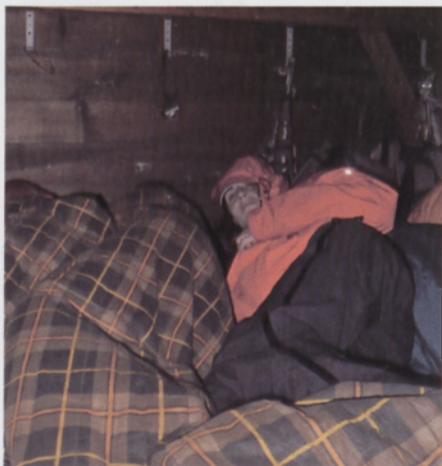
Mientras desenroscamos las cuerdas, las linternas frontales chocan con su angustiada cara, ¡es que está justo donde debemos rapelar! Menos mal que el rapel es volado... Colocamos la cuerda en la barandilla y en silencio comenzamos a rapelar los casi cien metros de pared hasta el glaciar. De aquí nos dirigimos al Col Moore. Buscamos otra línea de rápeles en la roca descarnada que este otoño seco ha dejado al aire definitivamente. Estamos ya en frente del Pilar del Angle. Desde aquí sólo hay una premisa, ir lo más rápido posible. Los frecuentes aludes desde lo alto del Mont Blanc hacen de este paso uno de los lugares más peligrosos. De día es absolutamente desaconsejable estar aquí. Caminamos a trompicones por encima de un gran alud. Ladeando unos gigantes seracs, damos con la rimaya donde parece que comienza la vía que vamos a intentar, la Cecchinel-Nominé, abierta en septiembre de 1971 por Walter Cecchinel y Georges Nominé.

## ■ COMIENZA LA ASCENSIÓN

A las tres y cuarto de la madrugada, dos horas y media después de salir del vivac de la Fourche, comenzamos la ascensión. Manu y Edu van por delante; Rikar y yo a continuación. Aún con la tenue luz de nuestras minúsculas frontales, las primeras goulottes nos dan confianza como para ir ensamble. Topamos con algún que otro clavo viejo; confirma que vamos por el lugar correcto. Dos horas más tarde, cerca de las siete de la mañana y aún de noche, llegamos a un muro difícil, un diedro vertical taponado de hielo y nieve dura donde debemos detenernos y realizar una reunión para asegurar. Le sigue una goulotte estrecha y mantenida de buen hielo en la que todos sabemos disfrutar de la calidad del largo. Amanece y vamos ganando altura a buen ritmo. Encima de nosotros el hielo da paso a la roca. Una serie de diedros encajonados y alguna chimenea no

muy difíciles llevan a la última parte de la vía. Pero nuestra intención es más ambiciosa, se trata de conectar por una serie de canales de hielo y algo de roca con la vía paralela, la variante denominada Boivin-Vallengant, situada unos cuarenta metros a la derecha.

Estoy ya en la variante Boivin-Vallengant. Se me ha acabado la cuerda y todavía no he podido ni acercarme a la reunión desde la que Edu me está mirando mientras asegura a Manu. Rikar ha desarmado la reunión e inevitablemente se dispone a salir. A él le ha tocado el largo de conectar las dos vías y esta reunión la ha tenido que hacer diez metros atrás, más a la izquierda, pues no cabíamos las dos cordadas en la misma reunión. Siempre que salimos ensamble me pongo tensa y muy concentrada. Me viene a la memoria mi primera incursión alpina hace casi un año, en el mismo macizo del Mont Blanc, aunque en un escenario predo-



■ *Josune nos preguntaba casi cada minuto: ¿es la hora de levantarse?*

minantemente de roca y no de hielo como es ahora: el espolón Walker en las Grandes Jorasses, de 1200 metros de desnivel. Tres cuartos de vía lo realizamos ensamble. Es verdad que con esta forma de escalar se potencia la rapidez y agilidad. Sobre todo se logra estar menos tiempo expuestos a los peligros objetivos, como caídas de piedras y hielo, o cambios repentinos de tiempo. En el otro lado de la balanza la propia escalada, aislada en sí, se vuelve menos segura y más agobiante, pues se debe ascender con tanta concentración que acaba cansando, sobre todo mentalmente.

Pues bien, aquí me encuentro casi paralizada, mirando a Rikar desde sesenta metros más arriba, y diciéndome a mí misma que no ha sido la mejor decisión: ¿entre los dos, en sesenta metros, dos tornillos de hielo apenas nos protegen! Como en tantas ocasiones debemos confiar...

Rikar va saliendo de la travesía, yo puedo llegar y reunirme con Edu. Encima ya vemos el nevero y el serac colgado; la arista de Peuterey y el final de la vía están cerca. Nuestros piernas y sobre todo los gemelos de los escaladores de roca hace tiempo que se han empezado a resentir; seguramente los más de cuatro mil metros de altitud a la que nos encontramos tienen mucho que ver.

### ■ HACIA EL MONT BLANC

Son poco más de las cuatro de la tarde. Tras trece horas de ascensión me uno a Manu y Edu en el lado soleado de la arista de Peuterey. Sonreímos y bromeamos cuando Rikar aparece desde el otro lado y nos juntamos. Disfrutamos de estos momentos felices, bebemos una infusión caliente que nuestros atentos amigos han preparado y comemos un poco. Justo enfrente de nosotros, de perfil, casi acariciamos con las manos el extraordinario granito del mítico Pilar del Freney. No hemos tenido tiempo ni de mirar hacia arriba, no ha pasado ni media hora cuando nos fijamos en lo más alto. A seiscientos metros de desnivel está el nuevo objetivo: la cumbre del Mont Blanc que se enlaza por esta arista de Peuterey. ¡Qué lujo subir al Mont Blanc por primera vez y además después de hacer una vía tan impresionante!

Esta última parte se me está haciendo durísima, pero sobre todo tengo una preocupación: Rikar lleva tiempo pasándolo realmente mal, no se ha adaptado a la altitud. Aunque parezca que la altura no es excesiva, las circunstancias hacen que sea un contraste brutal: anteaer estábamos en casa al nivel del mar, y sin previa aclimatación hemos realizado esta ascensión. Ayer

hemos subido en el teleférico de la Aiguille du Midi a más de 3800 metros; nos hemos dirigido al mencionado vivac de la Fourche y ahora mismo, cuando llevamos recorridos dos horas de arista, los 4500 metros de altitud no son ninguna broma, todo lo contrario. Mi caso es diferente, me suelo acostumbrar bien a la altitud. Edu llevaba diez días por los Alpes; Manu hacía poco había escalado una magnífica y rapidísima vía en la norte de las Jorasses. Además, como es un titán... Pero Rikar está sufriendo las consecuencias de su pobre aclimatación.

Vamos, ahora sí, todo ensamble sobre un terreno a priori fácil, pero peligroso; las largas canales de hielo a 60 y algún tramo 70 grados, son más complicadas de lo que pensaba. La nieve ha desaparecido y ha dejado en la superficie un hielo viejo y negro que sólo nos permite apoyar con la puntita de los crampones. Además, vamos solos; Manu y Edu nos han sacado una buena ventaja. La incertidumbre también hace que lleguen de nuevo preocupaciones que debo rechazar con dosis de pensamientos positivos. Tenía nociones de la dureza de esta parte, pero las había descartado de mi cabeza. Esta arista de Peuterey ha dado alguna historia épica al alpinismo mundial. Pero son historias que han ocurrido en otro tiempo, a otras personas, en otras circunstancias...

Las horas de escalada se van acumulando a la ascensión del Pilar del Angle. Casi está anocheciendo cuando llegamos al Mont Blanc de Courmayeur (4748 m); justo la antecima del Mont Blanc por la parte italiana. El terreno ya es casi plano. Ahora debemos encontrar y seguir las huellas de crampones de nuestros amigos. No cono-



■ *Josune "acaricia" la arista de Peuterey*



huellas que ahora seguimos. Varios cientos de metros más abajo nos damos de bruces con el refugio-vivac Vallot (4362 m). Han transcurrido veintitrés horas desde que salimos del vivac de la Fourche; cada golpe con el piolet, cada crampón hundido en el hielo, hace que dejes una pequeña parte de ti en la escalada. Incluso estando sin mantas y con una temperatura interior de menos ocho grados, nos sentimos seguros. A Rikar dentro de este frío refugio le sobreviene el malestar de golpe e intenta vomitar. Hasta que no le calienta una infusión que le sirve de "combustible" no apaciguará las molestias que le vienen acompañando durante horas.

Logramos dormir un poco. Salimos ya de día para bajar más de tres mil metros de desnivel hasta Les Houches (1008 m). También descendemos caminando por las vías desde el Nido de Águila (2372 m). El tren cremallera está fuera de servicio; muy a nuestro pesar debemos añadir mil metros más de desnivel a nuestras agotadas piernas. Bajo cansada, pero muy satisfecha; ambos tenemos muchas ganas de encontrarnos con Manu y Edu. Desde ayer a la tarde no sabemos nada de ellos; sin duda estarán esperándonos en Chamonix. Seguro que han bajado en el teleférico de la Aiguille du Midi mucho antes que nosotros. Entrada la tarde, un bus municipal nos deja en Chamonix, cerca de donde deben estar nuestros amigos. ¡Efectivamente!, nos fundimos en un abrazo enorme. Nos invitan a cenar y compartir las últimas y desoladas batallas de nuestras mutuas ascensiones. ¿Para cuándo la siguiente? □

ceмос el camino y la idea inicial es ir al refugio de Los Cósmicos para mañana bajar en el teleférico de la Aiguille du Midi. Unos minutos más tarde estamos en lo que parece la cima del Mont Blanc (4808 m). Abajo a la derecha, Chamonix nos muestra todas sus galas. ¡Sus brillos y luces alumbran nuestro interior! Dejando a un lado la tensión y preocupación, aflora la alegría contenida en modo de sonrisa. Es exactamente el broche de oro a la pared del gran Pilar del Angle. Más a la derecha, al norte, en la cresta de la denominada ruta de los cuatromiles, hacia el Mont Maudit, una luz nos hace señales. Seguro que Manu y Edu nos indican la ruta de bajada. Sin tiempo ni para tomar una decisión premeditada, el fuerte viento y el intensísimo frío nos empujan hacia unas huellas que se adivinan hacia el oeste, a la izquierda, en el sentido de la bajada.

■ *Manu, en el muro clave de la variante Boivin-Vallencant*



FOTOS ARCHIVO BEREZIARTU OTEGI

■ *Respiramos hemos acabado la vía. No lo sabemos pero aún nos faltarán cuatro horas hasta el Mont Blanc*

#### FICHA TÉCNICA

**Vía:** CECCHINEL-NOMINÉ. Salida por la variante BOIVIN-VALLENÇANT.

**Desnivel:** 900 metros + 600 hasta la cumbre del Mont Blanc.

**Dificultad:** V de hielo (máximo 90 grados) para la Cecchinel Nominé. Similar dificultad para la variante Boivin-Vallencant.

**Integrantes:** Dos cordadas: Josune Bereziartu-Rikar Otegi y Manu Córdova-Edu González.

**Material:** 8 tornillos de hielo, un juego de microfriendeds, varios pitones (dependiendo del estado de la vía) y cuerdas de 60 metros.

**Fecha:** 11-10-2007

**Horario de la actividad:** 23 horas ininterrumpidas, desde el vivac de la Fourche hasta el refugio-vivac de Vallot, de las cuales 13 horas fueron en la vía.

#### ■ A CHAMONIX POR VALLOT

Pronto comprobamos que seguimos las escasas huellas de la ruta normal; llevan ladera abajo por una arista que se intuye bastante aérea, pues en esta noche cerrada vemos poco más que nuestros pasos. La idea de ir hacia el refugio de Los Cósmicos por la ruta de los cuatromiles la hemos abandonado en la cima del Mont Blanc, ya que debíamos haber cogido hacia el lado opuesto, a la derecha. No lo percibimos por la seguridad que nos ofrecían estas